

Allí estaba, recorriendo los estantes de la biblioteca veneciana buscando un libro que despeje su mente de aquellos malos recuerdos que le habían llevado hasta aquel sitio. Pobre de él, que pensó que a su hermano mayor no le importaría que tuviera creencias de que su sexualidad no era “normal”. Pero todo esto se remonta a 1943, y la Segunda Guerra Mundial no perdona siquiera a los que son distintos en gustos. Su hermano le llamó de todo, y con el corazón herido por tales palabras que le apuñalaron, tuvo que dejar su casa en Berlín para servir al ejército, siendo enviado a Venecia a causa de lo mal que estaba tornándose la guerra.

Pasando su dedos cubiertos por los guantes de su uniforme por aquellos libros italianos, no pudo evitar llamarle la atención el que parecía un libro de poesía renacentista, sacándolo de aquel enorme estante intentando que los otros libros se mantuvieran en su posición. Para su mala suerte, el italiano no era un idioma que dominase, así que entendía poco del contenido de aquellas páginas llenas de rimas. Fue pasando hoja por hoja hasta que, sorprendido, se encontró que una de ellas estaba pintarrajeada con dibujos en rosa, con un triángulo invertido de este color. No tardó en reconocer aquel símbolo: era el símbolo nazi con el que identificaban a los hombres gays. Aquel triángulo solo le producía odio. Si no fuera por culpa de su sexualidad su vida seguiría siendo tranquila, pero tuvo que salir maricón, como bien le dijo su hermano. Intentando ignorar esa página, pasó a la siguiente, volviendo a cruzarse con más rosa. Estaba repleta de mensajes que no lograba traducir por su cuenta, y sintiendo como la curiosidad corrompía su cuerpo, fue a buscar un diccionario con el que ayudarse, soltando el escrito en la mesa para no cargar con él. Cuando dejó el libro, aún no sabía que su vida iba a cambiar tanto, viendo a la lejanía como un joven de pelo castaño se acercó a la mesa para cogerlo. Con el diccionario en mano intentó advertir al chico de que ya lo había tomado él, pero realmente no supo cómo expresarse de forma que le entendiera.

-¿Es suyo?- preguntó aquél muchacho sosteniendo el libro que, para sorpresa del protagonista, hablaba su idioma.

-No, lo he sacado de los estantes pero aún no he terminado de usarlo.- Respondió con voz grave correspondiente a su cuerpo, ya que el protagonista es de figura robusta a causa de sus entrenamientos y genética. En cambio, el chico que tenía enfrente era más bien enclenque, pese a que llevaba un uniforme militar italiano, el cual no tardó en fijarse en aquel diccionario que llevaba en sus manos.

-Va a intentar traducirlo, ¿no?- cuestionó sin cambiar aquella sonrisa que había mostrado desde la primera palabra.- No quiero aguarle la fiesta, pero con la antigüedad de los poemas y el vocabulario con el que están escritos no va a entender por mucho que lo pase a su idioma.

Cuando iba a responder, el protagonista no pudo evitar fijarse en los lápices de colores que el italiano tenía en la mano, incluyendo uno rosa. Todo eso empezó a llenarle la cabeza de preguntas; ¿había sido él quién había pintarrajeado el libro? Si lo que estaba escrito no se entendía, ¿para qué quería el libro si no? ¿Era una protesta?

-¿Le ocurre algo?- preguntó extrañado el castaño, que esperaba una respuesta del alemán, el cual contestó titubeando levemente.

-No, no. Solo pensaba más de la cuenta.- dijo, dejando el diccionario en la mesa. Ahora que aquel chico estaba ahí, no podía simplemente abrir el libro por las páginas pintarrajeadas y traducirlas ahí mismo. En cambio el otro muchacho no pareció ser tan introvertido por su respuesta.

-Voy a llevarme el libro prestado, si quiere podemos tomar un café y le ayudo a traducirlo. A no ser que tenga que volver a su puesto, claro.- contestó, asumiendo por su uniforme que sería parte del ejército alemán. Pero como una persona que siempre ha sido fría ante los extraños e incluso los amigos, se lo planteó varias veces, aunque por alguna razón que él mismo desconocía, sentía la necesidad de aceptar.

No pasaron más de veinte minutos para que se encontraran en una plaza bebiendo café, que para sorpresa de ambos estaba muy transitada.

-Por cierto, mi nombre es Feliciano, siento no habertelo dicho antes.- añadió el italiano, sorbiendo de la taza que tenía en sus manos mientras que imprudentemente dejaba de tutear al hablar. No tomando mucha importancia a este detalle, el alemán contestó con su nombre también.

-El mío es Ludwig Beilschmidt.- si es que podía seguir usando el apellido de su familia tras tal deshonra que sintió su hermano. Pero para antes de poder continuar con aquel intercambio de datos, todo el mundo empezó a acercarse a las radios del café y a guardar silencio. No se repetía otra cosa más que la palabra Nápoles. Parecía que, para sorpresa de algunos y espera de otros, la ciudad nombrada había sido bombardeada por los aliados. Ludwig, desconcertado al escuchar la noticia, dejó la taza ya casi vacía en la mesa y siguió a Feliciano, que se levantó intentando salir de la muchedumbre y todos los susurros que esta provocaba. Ambos fueron al puesto militar del de pelo castaño, intentando comunicar con las radios de la zona bombardeada sin éxito alguno. Aquello confirmaba lo que se esperaba con temor: no solo había sido bombardeada, los aliados consiguieron tumbar Nápoles.

Días pasaron hasta que recibieron noticias del suceso, siguiendo el avance lento pero efectivo de los ingleses y los americanos. Pero pese a la insistencia del ejército, los superiores no vieron necesario mandar tropas extras que no estuvieran ya en camino. Algo desesperanzado, el italiano miró a Ludwig, levantándose de su sitio y dejando la radio apagada.

-Esperemos que no lleguen a Roma con la misma facilidad.- dijo, quitándose el gorro de su uniforme para peinar un poco su pelo, que hipnotizaba levemente al protagonista sin razón aparente. Realmente era algo difícil saber que ambos esperaban perder la guerra pese a ser del bando que inició todo, sea por una razón u otra. Pero poco podían hacer cuando ya les han mandado a ambos que debían quedarse en Venecia, así que decidieron salir a recorrer las calles, intentando disipar ese aire de inseguridad que dejaban las horribles noticias del progreso enemigo. Pero había poca personas por las calles aún siendo una de las ciudades más habitadas de la península italiana. Todos los canales de agua que solían estar repletos de góndolas radiantes de felicidad se encontraban vacíos, reflejando las oscuras nubes que solo conseguían dar un toque más tétrico y depresivo al paisaje.

Así pasaron los días, notándose cada vez más como el calor del sur obligaba a remangarse la ropa ya que está empezando el mes de junio. Con la chaqueta del uniforme al hombro, Feliciano rogaba a Dios que la temperatura bajara un poco mientras que sumergía sus pies en el agua, echándose el pelo hacia atrás para

airearse un poco. Mientras, Ludwig temía por llegar a casa por la falta de métodos para mantenerse frío, suspirando.

-¿Por qué no te sientas y te relajas un rato? El agua es refrescante.- dijo el italiano mostrando su notable disfrute de la poca corriente que formaban las calles rectas de los canales.

-Debemos estar atentos, la situación tras lo de ayer es de todo menos relajante.- contestó serio, recordando que hace menos de veinticuatro horas la isla de Lampedusa se había rendido al ejército americano.

-Lo dices como si aún preparados fuéramos a poder superar a los aliados si consiguen llegar.- contrarrestó, mostrando una triste verdad. Después de todo, Italia siempre había sido la parte débil de las Potencias del Eje y los alemanes se encontraban luchando por Grecia otra vez. Aceptando levemente las palabras de Feliciano, se sentó a su lado algo preocupado. No sabía nada de su hermano desde hace un mes y era obvio que no le contestaba a la correspondencia por el desprecio que le tenía, pero igualmente eso no le echaba atrás a la hora de escribir como sentía lo que se calificaba como una enfermedad en esa época.

-¿En qué piensas? Te veo muy distraído.- preguntó el más enclenque sacando los pies del agua para ponerse las botas, ya que se estaba haciendo de noche.

-En que no voy a poder dormir a causa del calor.- mintió Ludwig. No se sentía tan confiado como para contarle sobre su “trastorno”,

-Ven a dormir a mi casa. Tengo un ventilador en mi cuarto.- le explicó, sin siquiera pensar en que esa no era la verdadera preocupación del alemán. Pero lo fuera o no, realmente sería de ayuda poder descansar bien al menos una noche, así que algo dudoso de que su estancia no molestaría, aceptó.

Feliciano no vivía muy lejos de allí, al contrario. Dos calles más abajo se encontraron con el mar de frente y, en esa misma calle, la casa donde se alojaba. Al entrar era fácil notar el vacío que había: pocos muebles, una habitación vacía, cocina con poco más que un horno... Y al final del pasillo estaba la puerta que correspondía al dormitorio principal y único, que tenía poco más que una cama doble, un armario y el esperado ventilador. Tras una cena a base de comida militar italiana, la cual se solía decir que era la mejor de la época, ambos se dirigieron a la habitación, tumbándose en el colchón, que apenas disponía de una funda y una sábana, con una camiseta de tirantas, aquellos característicos pantalones anchos que usaban como uniforme en aquella época y un fusil *sturmgewehr 44* a cada lado de este. Pese a que el ventilador hacía poco, gracias a la disposición de la casa con respecto al mar, entraba por la ventana una brisa producida por el preciado mar Adriático, haciendo el calor más soportable. Lastimosamente, esa brisa no calmaba aquellos nervios provocados por la incomodidad de Ludwig, que notaba perfectamente el italiano.

-Si quieres puedo dormir en otra habitación.- dijo Feliciano intentando confortar al protagonista. Pero no era su presencia lo que le incomodaba, al contrario. Todas aquellas sensaciones tan molestas eran aquellos pensamientos que inundaban su mente, tal como los canales inundaban a veces la ciudad veneciana: le sentaba mal que su compañero tuviera que soportar la compañía de alguien “enfermo” o “molesto”. De alguien homosexual.

-No, está bien. Además no pienso echarte de tu propia cama.- contestó, intentando no cruzar miradas con él. Sin embargo, Feliciano no estaba conforme con tal respuesta, no podía ver como aquella persona

intentaba actuar como si no supiera que él fue quien llenó los libros de la biblioteca de dibujos rosas en forma de protesta. Pero tampoco sabía qué decir. Se encontraban en ese punto en el cual ambos quieren avanzar pero ninguno puede. Sentían que en el fondo el otro le repudiaba, siendo la realidad totalmente contraria. Aquel silencio fue interrumpido con alarmas, y no cualquier tipo de alarma. Se podía escuchar la advertencia de posibles bombas pese a no verse ningún bombardero en el aire. Extrañados, ambos bajaron corriendo a la base militar de la ciudad, enterándose de que pese a que la ciudad no estaba en peligro, sí había un bombardeo. Sicilia había sido atacada por los enemigos. Tras aquella noticia no tardó en anunciarse que los aliados tenían control de la isla en su totalidad. Estos sucesos solo hacían más difícil mantener la calma, las islas estaban cayendo y no parecía quedar poco para que la bota lo hiciera también.

Tras un mes de solo recibir noticias exteriores a Italia, la situación no se calmaba por la proximidad del enemigo. Varias partes de la península habían sido evacuadas ya, pero por la lejanía con el sur Venecia seguía intacta. Esto hacía que la población de Venecia hubiera aumentado de repente, porque mucha gente no tenía otras opciones más que emigrar al norte. A causa de esto Ludwig y Feliciano tenían turnos de patrulla que se volvían más largos cuanto más aumentaba la calor del verano, afectando también que muchos de sus compañeros habían sido trasladados al sur del país. Poco a poco ambos se habían liberado un poco más, pero no del verdadero peso que tenían que soportar al imaginarse con un triángulo rosa bordado en el uniforme cuando los aliados les detuvieran. No es algo de lo que quisieran evitar hablar entre ellos, pero el miedo al rechazo les podía. En ello se encontraban ambos pensando a las orillas de la Laguna de Venecia, con las armas posadas en la arena mientras veían como los atardeceres parecían ensangrentarse con el comienzo del fin de la guerra, rogando que el suplicio por el que pasaba el país se terminara. Pero los días pasaban y nada, menos el nombre de la ciudad bombardeada, cambiaba. Tras esos meses, ahora mismo lo único que quería matar era el amor mutuo pero no recíproco que había entre ellos, mientras esperaban a los enemigos acercarse. Pero una noticia les sorprendió, y es que con el bombardeo de Roma, Mussolini fue capturado. No tardaron más que unas semanas en que el país fuera controlado por los aliados. Ahora que el régimen había terminado, Ludwig y Feliciano rebosaban de alegría. Aunque todas las monedas tienen otra cara, porque no tardaron en anunciar por todos los medios que Italia declaró la guerra a Alemania.

-Ahora somos enemigos, ¿no? - dijo el italiano, rompiendo ese silencio en el que llevaban sumidos ambos durante diez minutos.

-Sí.- contestó fríamente Ludwig, que por necesidad a esconderse del ejército aliado estaba guardando su uniforme y su fusil alemán bajo aquella cama que habían compartido durante todo el verano. Pero aunque ocultara las pruebas, el deber de Feliciano seguía siendo delatarlo.

-Pero si te entregas voluntariamente solo te encarcelarán.- continuó, intentando convencer a su amigo de no ponerlos a ambos en peligro.

-Ese no es el problema, me fusilarán igual.- contestó, con aquel libro que los unió en las manos.

-Pero si ocultas que eres soldado no te llamarán la atención- quiso decir el italiano, pero no pudo terminar la oración antes de que fuera interrumpido.

-Te vuelvo a decir que ese no es el problema, Feliciano.- replicó enfadado, dejando los poemas en la caja que ocultaba el uniforme verdoso que representaba su devoción a aquellos que le habían arruinado la vida.

-¿Qué te pasa entonces? Van a acabar encontrándote.- añadió, tomando el hombro de Ludwig, el cual al sentir su tacto se apartó, soltando todos sus pensamientos que le conducirían al infierno según muchos.

-¿No te has dado cuenta aún de que te quiero?- alzó la voz, notándose el dolor de sus palabras. Pero para su sorpresa, en vez de recibir rechazo o insultos, solo recibió un abrazo por parte del otro.

-¿Por qué te iban a matarte por quererme?- preguntó, sabiendo en realidad la respuesta. Pero antes de que Ludwig pudiera alegar algo, se podía escuchar los pasos de soldados subiendo, haciendo que ambos guardaran silencio. No pasaron más de dos minutos entre que encontraron el uniforme y el libro, llevándose a Ludwig. Lo único que podía hacer Feliciano era cumplir las órdenes para no ser detenido. Pero sus pies no lo hicieron. Daba igual cuantas veces intentara matar al amor que sentía por él, volvía a renacer como si lo necesitara para mantenerse en pie. Corriendo tras aquellos soldados que ahora eran de su mismo bando, acabó llegando al centro de la ciudad, que ahora estaba lleno de banderas extranjeras y tanques americanos. Su mente estaba empezando a dar vueltas, no le encontraba, siquiera veía a alguien parecido de lejos. En un arrebato de adrenalina mezclada con miedo, miró a los alrededores, intentando idear algo para encontrarle, hasta que vio la puerta de uno de los edificios abierta.

De mientras, Ludwig era obligado a entrar en uno de los camiones notando como mantenían una pistola en su nuca. Y para cuando estaba esposado al vehículo, se hizo el silencio con unos disparos al aire. Aquel joven italiano que ahora es también protagonista de esta triste historia soltó el arma con el que mutiló el cielo y alzó una bandera italiana, pero en ella había pintada un triángulo rosa, aquel triángulo que le hizo pensar a él y a muchos que no tenía sentido pensar en un futuro feliz, que hacía que los valores de uno mismo discreparan al mirarse en el espejo. Pero no para Feliciano, que, aunque encontró el amor hacia todas las personas, a él no lo quería nadie. Nadie menos aquel que intentó luchar contra ese amor y se rindió. Pero ninguno sabía que el mismo día que se enamorarían del amor del otro, acabarían los dos con pistolas apuntándoles. Ese amor que mataron, y mataron, y mataron, y mataron y que no se iba. Lamentablemente no fueron ellos quienes intentaron matar ese amor aquel día, pasando por los ojos de ambos todos esos desbordantes recuerdos llenos de explosiones y tanques cuando alguien apretó el gatillo y atravesó el pecho de Feliciano, quien cayó rendido junto a aquel triángulo rosa que usó de protesta en su último aliento. Aquel triángulo que bordaron en el pecho de Ludwig.